

## Día 12. Con hambre y sed de justicia – compasivo

### ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Dios, Padre compasivo y misericordioso, cuyo amor se ha encarnado en Jesús, tu Hijo amado, te pido que me ilumines con la luz del Espíritu Santo para que pueda contemplar su corazón y participar de su compasión entrañable.

### MEDITACIÓN:

Jesús siempre mira en torno a sí. Él siempre busca la verdadera justicia, el bien verdadero. Su corazón está movido por esa inquietud, por esa hambre y sed que remiten al hombre a algo más grande. Podemos verlo en el Evangelio:

Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas. Cuando se hizo tarde se acercaron sus discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y ya es muy tarde. Despídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer». Él les replicó: «Dadles vosotros de comer». Ellos le preguntaron: «¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?». Él les dijo: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver». Cuando lo averiguaron le dijeron: «Cinco, y dos peces». Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos para que se los sirvieran. (Mc 6, 34-44)

Viendo a Jesús en esta escena y observándolo a lo largo de su vida, podemos contemplar que su actitud no se limita únicamente a tener compasión de los necesitados, ni tampoco solo a tener un corazón compasivo, sino que él mismo es la compasión de Dios en persona, la compasión de Dios encarnada, ya que Dios, compadecido por la humanidad caída, le envió al mundo para salvarla.

Dios es compasivo y misericordioso, como tantas veces se nos recuerda en el Antiguo Testamento y Jesús sabe perfectamente, por experiencia de vida, que toda la historia de la salvación es la historia de la compasión de Dios por su pueblo, por su rebaño, por cada una de sus ovejas: Él, que no quiere que ninguna se pierda. Son muchos los ejemplos que podemos encontrar en la Sagrada Escritura donde se nos descubre este amor compasivo de Dios, este deseo de poner todos los medios para salvar a sus criaturas. Es muy elocuente, entre otros, la respuesta divina ante la negativa de Jonás cuando es enviado a predicar la conversión de la ciudad de Nínive. Dios le pregunta: «¿Y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas que no distinguen la derecha de la izquierda?» (Jon 4,10-11)

Y la compasión de Dios se encarnó cuando su Hijo se encarnó. Jesús es la compasión de Dios para nosotros. Su mirada es una mirada de compasión. Su corazón palpita siempre compasivo. Todo en Él es compasión, que no es lo mismo que lástima o pena. Se compadece porque padece, en Él y como tuyas, las necesidades de los demás, sus carencias, sus dolencias de todo tipo: corporales, espirituales, morales... y su compasión es sanadora y santificadora: la multitud se sació, muchos leprosos se curaron, la adúltera fue perdonada y no lapidada, el buen ladrón le robó el Paraíso y tantos otros muchos ejemplos conocidos y desconocidos...

La compasión de Jesús interpela. Como dice el Papa Francisco en su última encíclica:

La mirada dirigida al Señor, que «tomó nuestras debilidades y cargó sobre sí nuestras enfermedades», nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás,

nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor.<sup>1</sup>

El Corazón de Jesús quiere contar con nosotros para que, a pesar de nuestras miserias y defectos, encarnemos su amor y compasión en el mundo.

**PROPÓSITO:**

Jesús, enséñame a mirar hoy con corazón compasivo a mi alrededor, con hambre y sed de ayudar a los que Dios ponga en mi camino.

**JACULATORIA:**

Jesús, de corazón compasivo, haz mi corazón semejante al tuyo.

---

<sup>1</sup> Carta enc. *Dilexit nos*, n.71